Revista Novos Rumos Sociológicos | vol. 14 n. 25 | Jan/Jul/2026
Artigo recebido em 30-05-2026 | Aprovado em 13-07-2026
ISSN: 2318-1966

DEPORTE COMUNITARIO: FÚTBOL, POLÍTICA E IDENTIDAD

Community Sports: Football, politics, and identity

Jorge Rettich Martinez[I]

Resumen

Este trabajo se enmarca en los resultados de uno de los ejes de análisis desarrollado en el Proyecto de Investigación + Desarrollo, financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República del Uruguay, sobre la relación entre las prácticas deportivas y la participación comunitaria. En esta investigación se estudiaron por medio del análisis de discurso francés (Pêcheux, 2013), documentos oficiales de la política pública de diferentes organismos del Estado uruguayo relativos al tema, tales como Intendencias Municipales, Ministerio de Salud Pública, Secretaría Nacional de Deporte. Para esta breve presentación, seleccionamos únicamente el primer Plan Nacional Integrado de Deporte de la Secretaría Nacional de Deporte, el cual es muy relevante, no solo por ser el primero, sino porque aún hoy rige la política pública al respecto. Nos proponemos dar cuenta de cómo emergen los mismos supuestos que sostienen el fútbol mundial, pero a escala local. Las bases conceptuales del deporte en el registro comunitario se yuxtaponen con la semántica de la eficiencia, el resultado y la competencia, y es parte de la política pública del país. El fútbol, tradicionalmente relacionado a la política, la economía, y la identidad nacional, hoy día especialmente apela a la semántica de la comunidad. En este sentido, también nos proponemos presentar otras claves para pensar las ideas de comunidad e identidad, con las cuales otras formas de entender el deporte comunitario sean posibles.

Palabras clave: Fútbol; Deporte; Comunidad; Identidad; Política pública.

Abstract

This study is part of the findings from one of the strands of analysis developed in the Research and Development Project, funded by the Sectoral Commission for Scientific Research at the University of the Republic of Uruguay, on the relationship between sports practices and community participation. In this research, we used French analysis of discourse to examine official public policy documents from various Uruguayan government agencies related to this topic, such as municipal governments, the Ministry of Public Health, and the National Secretariat of Sports. For this brief presentation, we selected only the first Integrated National Sports Plan from the National Secretariat of Sports, which is highly relevant not only for being the first but also because it continues to govern public policy on the matter to this day. We aim to understand how the same assumptions that underpin global football emerge on a local scale. The conceptual foundations of the sport at the community level are juxtaposed with the semantics of efficiency, results, and competition, without addressing relevant ethical issues, and it

[I] Docente investigador del Instituto Superior de Educación Física de la Universidad de la República. Orcid: 0009-0002-8638-2582. E-mail: jrettich@gmail.com.

serves as a driving force behind a national policy that no political sector can deny. Football, traditionally linked to politics – whether economic or identity-based – now appeals particularly to the semantics of community. In this regard, we also aim to present alternative frameworks for thinking about the concepts of community and identity, through which other ways of understanding community-based sports become possible.

Keywords: Football; Sports; Community; Identity; Public policy.

Introducción

Las vísperas del inicio de la edición número 23 de la Copa del Mundo masculina organizada por la FIFA generan un revuelo a nivel global y local. El mismo no es únicamente económico, aunque es parte fundamental, sino cultural y político. Dentro de estos tres registros funciona el fútbol: la Copa del Mundo es un emprendimiento económico en el rubro espectáculos, es un culto a la emergencia de una práctica corporal vuelta tradición para ciertas culturas, o un campo de batallas políticas. Decir que son los dos primeros registros los que caracterizan la Copa es lo que pueden responder hoy día tanto un hincha, un periodista, como cualquier representante de un sistema político. Sin embargo, el registro político, si bien es evidente, siempre se tiende a ocultar con gran visibilidad. Sí, ocultar con visibilidad no es un error semántico, sino la expresión que puede dar cuenta de un juego: por doquier el fútbol en general, pero la Copa del Mundo en particular, históricamente ha obedecido a proyectos o necesidades políticas explícitas, y sin embargo los políticos y dirigentes del fútbol del momento no dejan de negarlo. Es tan evidente el uso político y tan explicita la negación, que realmente parece un juego.

Se podría afirmar, aunque aún con tensión, que esto está resuelto. Mal que nos pese, se acepta sin demasiada resistencia. Nadie deja de ver o ir a la Copa del Mundo y embarcarse en los gastos que esto requiera; desde boletos de entrada, pasajes, arrendamiento de tv cable, compra de remeras y banderas, hasta la colección de figuritas del álbum del mundial. Al mismo tiempo, según la clase social en que cada quien se encuentre, unos viajan a buenos hoteles y sacan buenas entradas, otros juegan a la "tapadita" con figuritas en su barrio y se juntan para ver los partidos hacinados en alguna precaria habitación del mundo. Ambas imágenes no tienen identidad

nacional, son globales, pueden responder a cualquier país y cultura. Esto da cuenta en forma evidente que el fútbol es global. Sin duda cabe preguntarse si la idea de cultura global no encierra alguna paradoja, pero la economía global parece ya no hacerlo, por más que el *oikos* del que proviene la economía ya no dé cuenta de nada doméstico u hogareño.

Pero al margen de esta aceptación, un problema persiste. Si el registro económico prevalece, la política parece diluirse o por lo menos ponerse a su servicio. Si el registro cultural prevalece, la política parce hacer eje en la identidad, se presenta la Copa como un espacio de integración cultural, cuando son los nacionalismos lo que se exalta. Así, el fútbol en la Copa del Mundo, pero no solo ahí, es una práctica que se ve afectada por factores económicos, culturales y políticos, casi indefectiblemente. Ahora bien, esto que parece evidente por lo menos a unos ojos mínimamente críticos, y que se puede ver en una Copa del Mundo, quizás no sea tan evidente en las prácticas de fútbol en lo que se ha dado en llamar el nivel comunitario. Partiremos de un sucinto relevo que muestra las anteriores afirmaciones sobre la relación entre política y fútbol mundial, para dar cuenta de que el deporte comunitario no necesariamente escapa a las lógicas y bases del deporte global, y menos si hablamos de fútbol.

No es pretensión de esta presentación el análisis de la Copa del Mundo, para esto hay suficientes trabajos. Nuestro interés es dar cuenta, por medio de una actividad que es a las claras de un orden global como la Copa del Mundo, las formas en que estas dimensiones se ponen en juego en el fútbol a nivel local, para luego ver que las políticas públicas, al menos en el caso del gobierno uruguayo, se sostienen o funcionan en supuestos similares a los de la Copa y en sinergia con las propias organizaciones de base. Lo principal que se pretende demostrar con esto, es que las ideas de comunidad e identidad son esa base sobre la que se deslizan sin solución de continuidad, las políticas deportivas de lo global a lo local. Con esto, pretendemos dar cuenta de una crítica a las formas identitarias de entender la comunidad como fundamento de la política deportiva comunitaria.

Si bien nuestra referencia es solamente Uruguay, quizás las bases conceptuales que utilizaremos, así como los elementos que ponemos en análisis, alimenten posibles revisiones similares en el resto de la región.

El fútbol al orden de la política totalitaria

En los últimos tiempos, en la región, se han producido trabajos que ponen de relieve la relación entre mercado y futbol, así como entre lo que podemos decir gobiernos bélicos y fútbol. En Uruguay tenemos un caso muy claro, el llamado popularmente Mundialito, en 1980. Como plantea Bruno Mora por medio del historiador Gerardo Caetano, este pequeño mundial de fútbol organizado por la Asociación Uruguaya de Fútbol con el reconocimiento de la FIFA, donde participaron los campeones del mundo al momento, menos Inglaterra, tuvo una relación directa con la pretensión de la Dictadura Militar[2] de mantenerse en el poder: "El régimen tenía un objetivo político claro: obtener el respaldo de la reforma constitucional y el mundialito era la exhibición de ese éxito en la dictadura (Caetano en Bednarik y Varela, 2010)" (Mora, 2019, p. 45).

En la idea de Mora por "organizar la tentativa de una historia de las memorias" (2019, p. 47), el Mundialito no solo constituyó un lugar en la memoria colectiva que la Dictadura intentó montar para su perpetuación, sino también la posibilidad de expresión del rechazo popular desde la pasión de un pueblo que se identifica con el fútbol. Pan y circo dice el dicho en Uruguay, pan y toros o pan y fútbol dicen en España (Úbeda, Molina, Villamón, 2014). La contradicción era fragante: "Una ebullición de sentimientos contradictorios, que era un circo para la dictadura y que era una fiesta deportiva. Alegría y vergüenza. Tristeza y emoción" (Mora, 2019, p. 47).

El fútbol que pudo ser utilizado por las Fuerzas Armadas para dar cuenta de su poderío y capacidad de gestión – como la organización de semejante torneo, con visibilidad internacional – también pudo ser, quizás especialmente porque se jugó inmediatamente después del resultado del

[2] Estamos hablando de la Dictadura Civico-Militar en Uruguay entre los años 1973 y 1985, en el marco de un proyecto geopolítico de la conocida Doctrina de la Seguridad Nacional promovida por los EEUU en el marco de las dictaduras del Cono Sur.

Plebiscito Constitucional de 1980,[3] un momento de expresión y festejo del plebiscito.

> […] los gobiernos de turno utilizan al deporte para pergeñar una apoteosis de su poderío unificado, para deslumbrar con su capacidad de organizar un evento de estas magnitudes y muchas veces para dejar en la nimiedad del olvido problemas socialmente trascendentales de fondo. En el caso del Mundialito de 1980, realizado en Montevideo, a los militares les 'salió el tiro por la culata' (MORA, 2019, p. 50).

Cabría preguntarse acá cuales son los aspectos que hacen que una misma práctica y expresión cultural pueda ser utilizada por corrientes ideológicas o perspectivas políticas totalmente enfrentadas. Algo al respecto intentaremos plantear sobre el final.

En el mismo sentido que el trabajo de Mora, Diego Alsina y Alejando Correa plantean que se pueden distinguir significados diferentes en el deporte: "uno que responde al poder legitimador del mismo, a las definiciones más tradicionales sobre la nacionalidad y el vínculo directo como aparato ideológico; y otro que se sostiene en aquellas afirmaciones que lo ubican dentro de los límites de la cultura" (2024, p. 20). Vemos nuevamente este enfoque dual del deporte y en especial del fútbol, que puede legitimar la hegemonía o puede resultar un espacio de rebeldía.

Allende de este evento de, hace algo más de 40 años, en este pequeño país, en 1930, la FIFA organizó la primer Copa del Mundo. No era casual que se hiciera precisamente en 1930, a 100 años de la primer Jura de la Constitución del Uruguay, más allá de que se justificara por ser la selección uruguaya la que ganó las copas organizadas en el marco de los Juegos Olímpicos de 1924 en Colombes y en 1928 en Amsterdam. Dicha copa implicó un claro gesto de celebración de una identidad nacionalista sobre las postrimerías del llamado período Batllista, correspondiente a los dos períodos de gobierno de José Batlle y Ordónez, que se caracterizaron por la generación de un "Estado de bienestar", con un progreso en derechos y una obra pública importante. Para la Copa del Mundo de 1930, en Montevideo se construyó un enorme estadio para su época, una epopeya arquitectónica,

[3] En el plebiscito de 1980, la ciudadanía uruguaya por un 57% rechazó la reforma de la Constitución de 1967, que hubiera significado la continuidad del gobierno cívico-militar, con el cual la dictadura pretendía perpetuarse en el poder. De todos modos costó casi cinco años más retomar la democracia.

que elocuentemente con la celebración se lo nombró: Estadio Centenario. Así, es innegable el papel político en la autoafirmación identitaria que implica el fútbol en torneos de este tipo desde siempre, en este caso con un nacionalismo progresista.

La misma autoafirmación identitaria y política se podría decir que operó en las Copas del Mundo posteriores: 1934, organizada por la dictadura fascista de Benito Mussolini en Italia y que fuera campeona su selección, como la de 1938, en Francia, donde fuese bicampeona La Nazionale. Claro que el signo era totalmente contrario. La reafirmación de un régimen dictatorial por medio del fútbol, no puede ser desestimado. Tampoco las razones por las que la selección uruguaya no participó de 1934, como tampoco participaron en 1938 la argentina ni la uruguaya. Los motivos por los que el fútbol mundial viró de una supuesta floreciente democracia en 1930 en Uruguay, a un fascismo como el italiano, merece detenimiento. Nosotros, en esta breve presentación, solo lo vamos a tomar como síntoma de un fenómeno mundial. Podemos sospechar que el fútbol, cuando está atado a la economía del mercado, no parece reparar demasiado en servir al poder que lo requiera, mientras sea eficiente para sus propósitos comerciales. Ni que hablar de la Copa del Mundo de 1978, en plena dictadura militar en Argentina. Pero todo eso llevaría otro trabajo, y de algunas de estas cosas ya se ha escrito bastante.

El problema de la identidad en el fútbol: su uso contradictorio

Dicho de este modo, quizás suene muy fuerte, pero la identidad es una de esas palabras, al igual que comunidad, que tiene dos caras. Por un lado, se piensa como espacio de reivindicación y reconocimiento cuando determinada cultura, o formas de vida, tienden a quedar en el olvido, a ser oprimidas o simplemente desvalorizadas en favor de las identidades dominantes. Por ejemplo, lo podemos ver en las luchas de los movimientos feministas, el reconocimiento de la ascendencia afro, los movimientos LGTBIQ+, las organizaciones indígenas, la clase obrera, etc. Todas luchas que reclaman legítimamente el reconocimiento y una identidad que les

mancomuna, y que a partir de sus luchas se han dado transformaciones importante y vitales para nuestras sociedades.

Pero esto tiene su reverso. También, y hoy parecen revivir por todos lados, los grupos de derechas extremas reclaman una identidad. Por ejemplo, la Génération Identitaire en Francia, que reclamaba preservar una identidad europea frente a las olas inmigratorias, los movimientos bolsonaristas que se apropiaron de la verdeamarela y la bandera en actos políticos e incluso en el asalto a las sedes de los tres poderes en Brasília el 8 de enero de 2023, poco después de la asunción a la presidencia de Luiz Inácio Lula da Silva por tercera vez. También, Acción Identitaria en Chile, y podríamos seguir. Todo esto sin recurrir a las viejas y oscuras épocas de los supremacismos blancos como el Ku Klux Klan, el racismo biológico Nazi en la búsqueda de la *Volksgemeinschaft,* una comunidad de raza aria.

Entonces nos enfrentamos a un problema, y es que la identidad no implica algo positivo de por sí y, en cualquier caso, es un recurso necesario para unificar, ya sea en un sentido totalitarista, como en uno reivindicativo de las minorías oprimidas. Podríamos llegar a advertir que mismo en cualquier movimiento reivindicativo, si la identidad se exacerba, puede rápidamente tomar tintes o acciones totalitarias, al margen que sus intenciones no lo sean. La identidad es una cornisa, un campo de lucha. De patriotismos independentistas a nacionalismo conservadores estamos repletos. De las luchas históricas que han forjado la independencia de las naciones, al sostenimiento del nacionalismo más expulsivo, la comunidad de identidad ha operado como horizonte, sea internacional, nacional o local.

En este sentido, nos interesa analizar la idea de identidad en el fútbol. Son interesantes los planteos de Pablo Alabarces (2014, p. 31) respecto a la relación entre identidad y fútbol, donde la semántica de la comunidad parece cumplir un rol necesario. “Lo cierto es que afirmar que el fútbol tiene que ver con las identidades personales – de cada sujeto – o colectivas – de una comunidad barrial, de una ciudad, de un pueblo, de un país – es una obviedad”. En el capítulo donde desarrolla la idea de identidad, la referencia a la comunidad parece volverse bastante central. La idea de sangre, raza y esencia, como elementos constitutivos de la identidad desde

los discursos de las derechas, y más radicalmente por el nazismo, es un campo de referencias a las que también apela el discurso futbolero. El planteo de Alabarces es que, a pesar de los estudios de Lévi-Strauss, que descalificaron académicamente y científicamente seguir hablando de razas, en el discurso futbolero, estas referencias continúan construyendo identidad, lo que "alimenta una enorme cantidad de lugares comunes de la cultura futbolística" (2014, p. 34).

Para avanzar sobre la identidad en la contemporaneidad, Alabarces continúa apelando a la idea de comunidad, ya sea desde los postulados de Anderson sobre las comunidades imaginadas y, por lo tanto, dando cuenta de la falacia de cualquier comunidad de origen o esencia, como de la idea de las tribus planteada por Maffesoli, para plantear que "las identidades futboleras parecen ratificar su tribalismo todo el tiempo" (2014, p, 42). A estas referencias de Alabarces respecto a las nuevas formas de la comunidad y la pertenencia identitaria en el fútbol, las podemos complementar, en una sintonía similar, con los estudios de Pablo de Marinis (2005, pp. 29-30) que, si bien no hablan de fútbol, ratifican la idea de que "las nuevas comunidades están signadas por la electividad, y tienen un tufillo a 'libertad' [...] los individuos pueden adherir a muchas de ellas a la vez, entrar y salir de ellas".

Así, el fútbol, como espacio donde se inventan identidades, es un escenario o puesta en escena de la identidad pretendida. Cuando de Copa del Mundo hablamos, esa identidad se vuelve nacionalista y, sin lugar a dudas, muestra su faz de invención. Invención que, como plantea Pastorino (2021, p. 152) para el caso en Uruguay, pero no dudaría de que es para otras latitudes igual, "la supuesta identidad uruguaya está sostenida en una estructura fundamentalista (Grimson, 2011) masculina, capitalina, caucásica y con un sesgo de clase (media-alta y alta) que deja por fuera un sinfín de relatos de quienes no ocupan lugares de privilegio en la sociedad". De este modo, la comunidad de identidad cierra sus lazos reforzando siempre lo que en ella es predominante, generando exclusión, determinando un adentro y un afuera. En el caso del fútbol, no es el feminismo, la diversidad, las masculinidades diferentes lo que predomina.

> [...] las comunidades tribales o nacionales muestran en el fútbol lo que quieren mostrar de sí mismas ante la mirada de los otros pero también ante la propia mirada de la comunidad, que de ese modo se reconoce y, a veces, se celebra. Pero como la identidad es un relato y no una esencia, nuevamente, lo que se pone en escena no es lo que una comunidad *es*, sino lo que *imagina que es*: y también lo que no es, y también lo que sueña, y también lo que desea, y también lo que quiere que los otros (las demás comunidades) piensen que es (Alabarces, 2014, p. 57).

Sin embargo, en este punto nos interesa la novedad que nuestro proyecto de investigación tiene para poner en análisis. ¿Qué sucede si la semántica de la comunidad cambia su registro? Las nociones con que la comunidad se presenta como sustancia, o en forma realizada, aunque sea imaginada, pero siempre como algo logrado, concreto, representable, la comunidad se piensa asociada a la idea de identidad. Las filosofías modernas, y con estas la sociología y la antropología, en general han girado su producción entorno a una idea de comunidad realizada, que suele reportar un sentido de bienestar, armonía y seguridad, como plantea Zigmunt Bauman (2006).

Nuestra hipótesis es que las nociones de comunidad e identidad que operan en la promoción del fútbol, son funcionales al establecimiento de una sinergia entre política de estado y mercado, tanto a nivel global como local.

En lo que sigue, intentaremos presentar una crítica a la idea de comunidad como identidad y dar cuenta, por medio del análisis de una política pública, de cómo opera la noción de comunidad, hasta como dispositivo de gubernamentalidad en el sentido dado por Foucault (2006).

La comunidad más allá de la identidad

El pionero trabajo de uno de los fundadores de la sociología, el alemán Ferdinand Tönnies, estableció la forma en que aun hoy comprendemos lo comunitario. En 1887 escribía sobre la oposición creciente entre sociedad y comunidad, donde la última, organizada por la relación natural, sanguínea, territorial, daba paso a las crecientes formas de lo social, organizadas por el contrato, la artificialidad y la instrumentalidad, (Tönnies, 1887/2011). Lo comunal, en franco retroceso, daba cuenta de un cambio de época, efecto de la revolución industrial y el creciente proceso de

urbanización. Nace así lo social como objeto de una disciplina junto a las formulaciones de Max Weber y de Émile Durkheim. Hoy, esa creciente sociedad del siglo XIX y XX, a decir de Pablo de Marinis (2005) se está desconvirtiendo. En un proceso que implica la dilución de lo social y la reactivación de lo comunitario, en sus nuevas formas contemporáneas, la apelación a la semántica de la comunidad cobra lugar en luchas sociales, proyectos locales y políticas públicas.

Sin embargo, para el campo de las ciencias sociales y humanas en general, especialmente en la región, el debate entre los franceses Jean-Luc Nancy y Maurice Blanchot en la década de los 80, a partir de la idea de comunidad en Georges Bataille, no parece haber sido recepcionado. Tampoco las derivas italianas en los trabajos de Giorgio Agamben y Roberto Esposito sobre la cuestión de la comunidad, las formas-de-vida, el ser-en-común y la biopolítica. Los pensamientos popular, académico y político sobre lo comunitario no parecen poder salir del problema de las identidades.

La comunidad se sigue pensando como una sustancia que efectivamente está allí, sea realizada como conjunto de individuos o como idea, imagen, pero siempre apela a la unidad, la identidad y la pertenencia. Por eso Pastorino (2021, p. 153) plantea que "es posible entender los discursos futbolísticos como una expresión de la cultura popular de masas [...] [que] relata el deseo de comunidad, la necesidad de un discurso homogéneo y homogeneizador sobre qué es la patria". La idea de aunar a un conjunto de individuos, no ya ciudadanos, bajo la identidad de la Celeste, la Verde-amarela o la Albiceleste, entre otras, no es más que el proyecto de una comunidad ideal unida, armonizada por un símbolo. Que, más allá de que exista, sea imaginada, o sea un proyecto, se representa como unidad, como una identidad compartida. "El fútbol no es una actividad física aislada del contexto social y político donde se desarrolla. [...] El uso político del fútbol se fundamenta en la creación de una identidad colectiva, con frecuencia asociada al patriotismo o al nacionalismo, sobre un equipo" (Úbeda *et al.*, 2014, p. 5).

Esta ilusión se renueva entre los y las habitantes del país representado, cada vez que gana su selección; y al otro día de salir a festejar

a las calles, los hinchas, periodistas y políticos repiten, como un mantra, el fenómeno siempre deseado de que por un momento no habían diferencias en el pueblo, eran todos uno. Pero ¿qué significa ese deseo de olvido de las diferencias, de las reivindicaciones, de las penurias, las exclusiones, las clases? Este tipo de pregunta parece estar obturada en la euforia de la victoria. La idea de que todos somos uno bajo la identidad de la celeste en Uruguay es recepcionada por el público como algo que le parece sentar bien al semblante del éxito. Evidentemente se puede ver relacionado con lo que Jean-Marie Brohm (1982, p. 113) definió como la "función positiva del deporte", el hecho de que pueda ser presentado como algo imparcial, donde "el deporte aparezca como una institución neutra por sobre las contingencias políticas y las opciones de los Estados, las razas y las clases".

Veremos más adelante, en el estudio de documentos oficiales del Estado uruguayo, como la semántica de la comunidad en relación con el deporte, y el fútbol en particular, produce esta ilusión bajo la idea de integración, ciudadanía e identidad, a la vez que convive contradictoriamente con la exposición al rendimiento y el mercado. Ya lo dijo Marinis: "no hay prácticamente forma de acción colectiva que en algún momento no recurra a la mágica fórmula comunitaria. No existe casi ninguna programática estatal que deje de recurrir a la utilización del vocabulario comunitario para la definición de sus *targets* de gobierno" (2005, p. 28).

Pero ahora queremos dejar desarrollado brevemente el problema sobre la comunidad de identidad. Los desarrollos de la naciente sociología de finales de siglo XIX establecieron la desagregación de tipos ideales para pensar los fenómenos sociales como objetos para el estudio. Así nació, como dijimos, la dicotomía sociedad-comunidad en la tesis de Tönnies (1887/2011, p. 92): "la teoría de la comunidad parte del supuesto de la perfecta unidad de las voluntades humanas en tanto que condición original o natural". Estas miradas junto a las de la filosofía moderna, fueron llamadas por Jean-Luc Nancy y Roberto Esposito, como miradas sustancialistas. Representantes de una unidad en que se comparte una propiedad que caracteriza a sus miembros, otorgándoles una pertenencia y una identidad. Como dice Nancy, para esas concepciones,

> la comunidad no es solamente la comunicación íntima entre sus miembros, sino también la comunión orgánica de ella misma con su propia esencia. No sólo está constituida por una justa distribución de las tareas y de los bienes, ni por un feliz equilibrio de las fuerzas y de las autoridades, sino que está hecha ante todo de la partición y de la difusión o de la impregnación de una identidad en una pluralidad con la que cada miembro, por ello mismo, no se identifica más que por la mediación suplementaria de su identificación con el cuerpo vivo de la comunidad (Nancy, 2001, p. 27)

Ese reparto de propiedades puede ser el territorio, el lenguaje, la historia, las costumbres, pero en cualquier caso son signos de identidad que se refleja en rituales y símbolos. Nada que no veamos en todas las representaciones de las selecciones mundialistas, sus hinchadas y las representaciones políticas, donde los medios integran en imágenes montadas, identidades que hoy sufren guerras y discriminación xenófoba, pero en el fútbol hacemos como si eso no existiera. Claro, también sucede que ese escenario de montaje a veces es interrumpido por un hincha que irrumpe a correr por la cancha con una protesta, y las cámaras rápidamente filman nuevamente las hinchadas coloridas llenas de alegría. Todos lo sabemos, pero pasa por alto.

A esa forma de la comunidad, que Nancy sintetiza en cita que hicimos más arriba, el filósofo va a contraponer otra manera ontológica de entender la comunidad: "nada está dado, ni al principio ni al final, como la unidad sustancial de una comunidad, pero 'la comunidad' nombra el hecho de una compartición incesante que no reparte nada dado, sino que se confunde con la condición de estar-expuesto" (Nancy, 2016, p. 34). Así, la comunidad no es un conjunto de individuos autoidentificados, sino la exposición a lo otro, al ser con el otro, al "ser-en-común".

Según un estudio de la etimología de la palabra, realizado por Esposito (2003), el término comunidad deriva de la palabra latina *communitas*, que puede desagregarse en una doble raíz: el *cum* y el *munus.* Así el "*cum* es lo que vincula (si es un vínculo) o lo que junta" (Nancy, 2003, p. 15), es el establecimiento de un "con", una relación. Por otro lado, "el *munus* del *communis* [...] [implica] el reparto de una carga, de un deber o una tarea, y no la comunidad de una sustancia" (Nancy, 2016, pp. 15-16).

La etimología remite a que lo que se reparte es una responsabilidad, no una propiedad ni una característica. No encuentra en su fundamento una identidad compartida, lo cual no significa que en un recorrido histórico no se conformen identidades culturales, pero no es este el principio de fundación de la comunidad.

> El primer significado que los diccionarios registran del sustantivo *communitas*, y del correspondiente adjetivo *communis*, es, de hecho, el que adquiere sentido por oposición a <<propio>>. En todas las lenguas neolatinas, y no sólo en ellas, <<común>> (*commun, comune. common, kommun*) es lo que no es propio, que empieza allí donde lo propio termina: *Quod commune cum alio est desinit esse proprium* (Quint. Inst., 7, 3, 24). Es lo que concierne a más de uno, a muchos o a todos, y que por tanto es <<público>> en contraposición a <<privado>>, o <<general>> (pero también <<colectivo>>) en contraste con <<particular>> (Esposito, 2003, pp. 25-26)

Un deber que lleva a lo general no puede ser en ningún momento la unidad de una particularidad, una identidad. La comunidad así se conforma como una apertura donde todas las diferencias pueden ir al encuentro, no sin conflicto, y sin por eso adquirir una identidad. “La comunidad no es un modo de ser – ni, menos aún, de «hacer» – del sujeto individual. No es su proliferación o multiplicación. Pero sí su exposición a lo que interrumpe su clausura y lo vuelca hace el exterior” (Esposito, 2003, p. 32)

Bajo una identidad, lo que se expresa es *el* ser común, una unidad representada en ese ser que convoca a ser parte de una mismidad, de una identidad, de un ritual, una costumbre, una camiseta, una bandera, una forma de la práctica corporal. El asunto es que la convocatoria, como vimos, puede ser a la unidad de una identidad que, en tanto oprimida, se reúne para luchar y reivindicar su lugar en la historia, como a una identidad totalitaria destructiva del otro diferente. Análogo, el fútbol puede ser tanto un espacio de expresión de una práctica cultural, escenario de una reivindicación, como escenario de exaltación del nacionalismo.

La identidad no determina que *el* ser común sea solidario o temerario. Por eso estos filósofos se plantean el ser-*en*-común. El eje se corre de la unidad de un ser, al ser en tanto acción de ser. Se es en tanto se está siendo en un espacio vacío de identidad. Se es-en-común. No se puede ser sino en el estar en común. No se es antes o después, solo se es-en-común. El

ser en relación con lo otro. “El ser-en-común se define y constituye por una carga, y en último análisis no está a cargo de otra cosa sino del mismo *cum*” (Nancy, 2003, p. 26). A cargo de una relación, y no de una discriminación. La comunidad es el espacio donde las diferencias, las otredades se ponen en relación. Relación que *a priori* no implica armonía, sino conflicto, por lo que el espacio para la política está, de suyo, como forma necesaria de la con-vivencia, efecto necesario para evitar el absolutismo. Tanto una ontología de la existencia relacional, como una política de la con-vivencia.

A nuestro parecer, esto nos pone en un desafío, porque, lejos de un espacio armónico, la con-vivencia la podemos entender como un espacio de conflicto, lo que no implica destrucción, sino el devenir de las diferencias. Esto no niega las identidades, solo que no hace de una identidad el fundamento del ser de una comunidad, sino que la comunidad está dada por las singularidades puestas en juego en un espacio donde una identidad no domina la escena. Para que un espacio sea realmente comunitario, para que permanezca abierto y no cerrado a una identidad, el conflicto no se puede resolver en forma totalitaria. La comunidad siempre será un estar siendo, un movimiento y no una identidad fija.

Por eso hay que prestar atención a los sistemas de exclusión en el fútbol, que no solo son visibles en el profesionalismo, sino también en los espacios cotidianos que se quieren reflejar en el mismo. Por eso Martina Pastorino (2021, p. 152) plantea la necesidad de una revisión del “ideal identitario construido alrededor de las narrativas futboleras en el Uruguay, para intentar entender las formas en que estos discursos excluyen a grandes sectores de la sociedad, con el espíritu de construir comunidad, nación, identidad”. El discurso del fútbol ha construido patria bajo la forma dominante del héroe macho.

El análisis de una política pública: el caso del deporte comunitario en el Plan Nacional Integrado de Deporte en Uruguay

Como plantea Brohm (1982, p. 114), “[e]l deporte espectáculo, perfectamente escenificado en el teatro de los estadios, ofrece un modelo notable debido a que el sistema social se halla en condiciones de resolver

sus terribles contradicciones de manera organizada y, sobre todo, eficaz: mito tecnocrático". Pero podríamos decir que este planteo de Brohm para el deporte espectáculo, puede no quedar solo allí. Por lo menos en Uruguay, en un sentido similar, el deporte comunitario es propuesto por las políticas públicas para cumplir con este mito. Apelando a una esencia o naturaleza deportiva, casi ingenua, las frase "el deporte es salud" o "el deporte enseña valores", cuadra con una fantasía que no parece más que replicar una lógica del modelo del espectáculo. Por momentos, la vida deportiva cotidiana también parece tornarse un estadio.

En el caso de Uruguay – y seguramente también de otros países de la región –, la palabra deporte obtiene esa misma aura positiva que las palabras identidad y comunidad. Cuando estas tres se combinan en el programa de una política pública, el poder que el enunciado revela es aplanador. No hay clases sociales, facciones partidarias, ni movimientos sociales diferentes que no admitan esto como primer axioma.

Para esta presentación, de todo el campo documental analizado en el proyecto de investigación al inicio planteado, que implica programas, guías y planificaciones, diagnósticos y evaluaciones de tres organismos diferentes del Estado, seleccionados por ser sectores donde las políticas deportivas cobran un eje central, vamos a desarrollar en particular el análisis de un documento fundamental para el deporte en Uruguay. Nos referimos al Plan Nacional Integrado de Deporte (PNID) a cargo de la Dirección Nacional de Deporte (DINADE), en el marco del Ministerio de Turismo y Deporte (MTD)[4] de la República Oriental del Uruguay.

Este estudio se realiza por medio del análisis de discurso de tradición francesa, donde nos planteamos un análisis interpretativo a partir "de poder 'oír' la presencia de lo no-dicho al interior de lo que es dicho" (Pêcheux, 2013, p. 10). En este sentido, el trabajo interpretativo no apunta a registrar todas las entradas en que un concepto es puesto en juego, a fin de determinar regularidades o generalidades que posibiliten una definición o categorización, sino el punto de ruptura con la continuidad del discurso. Así

[4] A partir del 2015, el deporte se desprende del Ministerio de Turismo y se crea la Secretaría Nacional del Deporte (SND), al mando directo de Presidencia.

la emergencia de la comunidad de identidad como dispositivo gubernamental es una categoría central en el análisis.

El PNID, en inicio pensado para el período 2012 a 2018, continua vigente. En dicho documento, nos centraremos en el Área de Deporte Comunitario. Cabe destacar que el Plan se formuló durante el período de un gobierno de izquierda, se mantuvo un siguiente período de derecha, y no parece sufrir cambios en un nuevo período de izquierda.[5]

> 1) La historia deportiva del país, pionero en el desarrollo del deporte comunitario.
> Una de las fortalezas más importantes, al igual que se señala en otros ámbitos, es la historia del deporte uruguayo y, en los aspectos más asociados al deporte comunitario, el proceso de construcción de las Plazas de Deporte, de los sistemas de formación de los docentes, del concepto de asociación del deporte con el bienestar y los éxitos deportivos – en el caso del fútbol – que generan una identificación positiva de los ciudadanos (PNID; DINADE; MTD, 2012, p.26).

Una de las fortalezas del deporte comunitario, descritas en el diagnóstico del PNID, es la referencia a las Plazas de Deporte. Este desarrollo se inició con el proceso Batllista señalado más arriba. La construcción de grandes pabellones, con gimnasios y todos los implementos necesarios para la prácticas deportiva y el alejamiento de la población de los vicios del momento. La primer plaza fue creada en 1913, dos años después de creada la Comisión Nacional de Educación Física (CNEF), en 1911, en el segundo gobierno de José Batlle y Ordóñez. Ambas, unos años antes de los Juegos Olímpicos de 1924 y 1928, y de la ya mencionada primer Copa del Mundo. Esto se ve reflejado en la investigación sobre el inicio histórico de las Plazas de Deporte en el Uruguay, al principio llamadas Plazas Vecinales de Cultura Física, realizada por Inés Scarlato.

> Al decir de los miembros de la CNEF, el fútbol sería el primer deporte que se popularizó en el país. [...] Instalar un espacio para la práctica del fútbol en la plaza sería estratégico principalmente para los "niños y jóvenes que iniciaban sus prácticas futbolísticas en patios, calles y baldíos montevideanos, no rendían expreso culto a las teorías de la

[5] En 2005, por primera vez, el Frente Amplio, fundado en 1971 como coalición de todas las izquierdas del país, llega al gobierno nacional. En 2012, durante el segundo período de mandato se aprueba el Plan Nacional Integrado de Deporte para el que se hizo un estudio profundo de la realidad nacional a ese nivel, proyectando líneas de acción. En el tercer gobierno, hasta el 2020, el Plan se mantiene. En el retorno a un gobierno marcadamente de derecha (2020-2025), el Plan se mantuvo, y hoy día, retomado un período de gobierno de izquierda, sigue siendo el rector de la política pública en materia de deporte.

> higiene pública (González Sierra, 1996, p. 218)" (Scarlato, 2018, p. 70).

Como veíamos que resulta de las fortalezas diagnosticadas por el PNID, el deporte comunitario – y en particular el fútbol – se ha pensado desde siempre desde una perspectiva que entrelaza el bienestar – claramente asociado a lo higiénico como veíamos en la cita de Scarlato y se mantiene en la actualidad – a la construcción de ciudadanía. El fútbol, para un gobierno que se lo podría catalogar de progresista en su momento, como el de Batlle, era una pieza fundamental de una política pública en marcha. Si bien los deportes en esa época no tenían el raigambre que tenían las gimnasias para la cultura física del momento, fueron, en el correr de siglo XX, sustituyéndolas. En los pasos seguidos por las políticas públicas, el vínculo del éxito deportivo del fútbol con la construcción de identidad – la "garra charrúa" se va gestando en ese proceso – es claramente un promotor de esa sustitución y popularización.

De hecho, en el PNID, en el diagnóstico del sistema deportivo en general, se plantea como fortaleza el proceso que significó desde el inicio la alta asociación entre Estado y organizaciones civiles para hacer del deporte un espacio de integración de las clases sociales, a la vez que se tornaba competitivo, para hoy ya hablar de un deporte profesional.

> Muy temprano en términos comparativos con otros países de la región, el Estado uruguayo asume un rol central y protagónico en la creación de una política de promoción del deporte y el desarrollo de una institucionalidad para sostenerla. […] Complementaria y paralelamente surge y se desarrolla un muy fuerte movimiento de clubes deportivos, promovidos, desarrollados y gestionados desde la sociedad civil a través del trabajo voluntario, con fuerte raigambre local, fuerte liderazgo y con gran capacidad para movilizar recursos e integrar personas de diversas clases sociales. Estos clubes darán lugar a las Federaciones Deportivas y al nacimiento del deporte competitivo auto organizado a partir del trabajo voluntario y el apoyo del Estado (PNID; DINADE; MTD, 2012, p. 56).

El PNID va haciendo un recorrido en el cual los vaivenes del registro de lo ciudadano al de la economía son pasajes que se recorren sin problematización. El deporte, y en particular el fútbol, parece ser una cinta transportadora que entra y sale de estos registros de manera intacta, neutral, como si la forma ciudadanía no se viera afectada por la forma

mercado, parafraseando a Foucault (2007). Hagamos el recorrido por el texto del PNID que da cuenta de esto, donde especialmente la figura más importante parece ser el Fútbol Infantil.

> Se ha identificado como una de las fortalezas del deporte comunitario uruguayo la existencia de una de las estructuras más potentes y solventes que sobre una actividad deportiva podemos encontrar en el mundo (en términos también proporcionales a la dimensión del país) y que es la Organización Nacional de Fútbol Infantil, [...] Se identifica asimismo como fortaleza la existencia de un voluntariado deportivo en el ámbito local y comunitario. El deporte existe en nuestro país porque hay personas capaces de impulsarlo de manera desinteresada; [...] muchos proyectos deportivos comunitarios, son posibles, sobre todo, por la existencia de un movimiento voluntario de personas colaboradoras [...] Ese movimiento voluntario en el ámbito local es una fortaleza a aprovechar para el futuro (PNID; DINADE; MTD, 2012, pp. 72-73).

Ya veremos que, en el cierre del plan, específicamente en las conclusiones, se retoma esta idea de aprovechar una base que se ha construido históricamente entre el Estado y vitalmente el tejido de organizaciones de base local. Pero, antes de esto, el PNID hace un llamado de atención, ya que es algo que desborda a cualquier mirada ingenua, sobre el problema de la profesionalización del deporte. Queda claramente planteada la cadena de montaje en la que, especialmente respecto al fútbol infantil, las bases locales enmarcadas en lo que el Estado llama deporte comunitario, son finalmente ordenadas y funcionales a un régimen global. La competencia, el logro y el ingreso al mercado. Debemos puntualizar el contexto particular en el que se presenta este plan en 2012. Es inmediatamente posterior a que la selección uruguaya quedó cuarta en la Copa del Mundo 2010 en Sudáfrica y salió campeona en la Copa América 2011 organizada en Argentina. La empatía general de la población con las figuras de la selección y su técnico, el Maestro Óscar Washington Tabárez, son las telas de fondo que están en el discurso de "Uruguay como potencia mundial en el fútbol". No nos importa cuestionar qué tanto realmente ese momento haya podido colocar a la selección como potencia del mundo o no. Pero, que el éxito en dos resultados seguidos otorgue la posibilidad o legitimidad de deslizar sin problemas tales enunciados en el PNID da cuenta del efecto mismo que el propio PNID plantea que han tenido los resultados deportivos en la población, y que mostramos en la primer cita que

realizamos del mismo. Los éxitos en el fútbol y la asociación positiva de los y las ciudadanas permiten que quizás un exabrupto, como hablar de la selección como potencia, sea bienvenido por miradas de autoridades y dirigentes. No colocamos a la población que, en general, no accede a estos documentos, pero que, si los leyeran, igualmente se sentirían reconfortados con tal enunciado. El efecto performativo del mismo es claro.

Retomando el llamado de atención realizado en el PNID, lo analizaremos a continuación.

> Se ha identificado asimismo como debilidad un hecho constatado que tiene que ver con el impacto negativo que, en las familias, los propios niños y las instituciones deportivas – especialmente los clubes – generan la alta profesionalización del fútbol y su traslado al deporte infantil. El hecho de que Uruguay sea una potencia mundial en el fútbol internacional, con resultados espectaculares en los últimos tres años, es un elemento que está ayudando – y de qué manera – a mejorar la imagen del país, y a cambiar la percepción tradicionalmente "pesimista" de los ciudadanos uruguayos con respecto a sus posibilidades como nación. Pero es un elemento que, visto desde el lado de la promoción del deporte comunitario, puede tener un efecto negativo sobre el fútbol infantil – que, no olvidemos, y así lo hemos reflejado en las fortalezas, dispone de una estructura organizativa también de referencia mundial – al considerar que sólo el deporte profesional es el que sirve, sólo el deporte profesional tiene sentido, y, además, genere problemas de explotación de los jóvenes futbolistas. (PNID; DINADE; MTD, 2012, p.77).

La alta profesionalización, que arrastra al futbol infantil a un sistema de competencia, se afirma sobre los resultados deportivos de la selección masculina de fútbol. Al tiempo que advierte sobre los aspectos negativos de tal profesionalización del fútbol infantil, destaca que los logros transforman la autopercepción ciudadana en vistas a una mirada no tan pesimista respecto a la potencialidad de la nación. Todo esto en el acto discursivo mismo de ensalzarse con las victorias. Esta advertencia es algo que elocuentemente no se podía evadir. Se enuncia para ocultarla. Es la figura de una forma de inclusión – excluyente (Esposito, 2009). Debe explicitarse para que nadie llame la atención de su falta, pero a su vez se la sobrepasa y supera automáticamente, dejándola excluida de la problematización a modo de una simple advertencia.

Por eso, hay que tener en cuenta, como lo expresan Benítez y Amgarten (2021, p. 320), que

> La regulación respecto a la institucionalidad internacional federada en la que se desenvuelve la práctica deportiva profesional no es, por tanto, independiente del deporte practicado por niños y niñas, [...]. El estado junto a las federaciones deportivas, en una suerte de solidaridad y unificación entre leyes y reglamentos, marcan las reglas del juego tanto deportivo, como mercantil.

Es por esto que, en las conclusiones del PNID, el fútbol aparece como una oportunidad que integra de forma aproblemática las ideas de éxito del fútbol, marca país, intereses comerciales, fútbol infantil y oportunidad, bajo el manto de la idea de que es "muy importante para todos".

> 5.- El fútbol como oportunidad. [...]
> Los éxitos de la selección uruguaya de fútbol en la última Copa del Mundo y la victoria en la Copa América están ayudando – como ya ocurrió en las décadas de los 30 y 50 del siglo pasado – a mejorar y posicionar la "marca país". Uruguay es conocido en el mundo por muchas cosas, pero, sobre todo por un deporte, el fútbol. Este hecho representa una gran oportunidad para el desarrollo del deporte en el propio país, pero también una gran responsabilidad porque, asociada a esa marca, hay, asimismo, intereses comerciales y estratégicos de país que son muy importantes para todos. El fútbol en Uruguay, que además presenta en el caso del fútbol infantil una organización modelo y referencia en el mundo, es una fortaleza y una oportunidad (PNID; DINADE; MTD, 2012, p.115).

El último párrafo, enuncia específicamente al fútbol infantil como esa oportunidad para el fútbol, la cual, orientada por los éxitos, posiciona en forma destacada a la marca país a nivel internacional, lo que favorece claramente a la expansión del comercio. Lo que parece estar funcionando por detrás de la idea de que esos "intereses comerciales" sean "muy importantes para todos", es que todos serían beneficiados de los mismos. La base conceptual que podría afirmar que los intereses particulares de los agentes de comercio que están detrás del deporte deben ser asumidos con "gran responsabilidad" por parte del Estado que ejecuta la política, ya que es de importancia "para todos", deja un desliz semántico de tendencia neoliberal. Podría leerse que, si somos exitosos en el fútbol, nuestros productos y servicios se reconocen internacionalmente a través de su marca país, el comercio se expande, las inversiones llegan, el enriquecimiento de las clases poderosas derrama en la forma de empleo sobre las clases oprimidas. Las poderosas empresas dueñas de los medios se fortalecen y el puesto de calle de la esquina vende más banderitas durante el campeonato. Claro, las cifras de enriquecimiento son muy disímiles. La oportunidad no es

para la consolidación ciudadana, que debería ser una mirada de tendencia igualitaria, sino para la diversificación y expansión del mercado.

Así el fútbol comunitario se vuelve un dispositivo de gubernamentalidad (Foucault, 2006), ya que no solo obedece a directrices de una política pública, sino que se entreteje en los movimientos locales, en las formas propias de autorganización barrial, sin que esto emerja como contradicción con los propios parámetros de ideal de ciudadanía, derechos y disfrute del ocio. La política pública plantea la posibilidad de expansión para el comercio por medio de la promoción de la marca país en el fútbol, del mismo modo que el padre o madre del niño o niña que juega en la canchita el domingo ve en su hija o hijo la esperanza de un profesional del fútbol que lo saque de la pobreza. También los vecinos y vecinas voluntarias, dirigentes de esos clubes de fútbol infantil, ven en sus jugadores y jugadoras la posibilidad de una comisión que hoy deben recibir los clubes de fútbol infantil por un convenio entre la ONFI y la AUF[6], si en el futuro aquel niño o niña que jugó hasta los 12 años en su club logra un pase importante a un cuadro profesional. Montaje que hace el fútbol cotidiano un escenario para el mercado y la política, más allá de toda práctica cultural.

Un domingo en la tarde, en una canchita de un barrio cualquiera, en cualquier pueblo o ciudad del Uruguay, no solo se juega el disfrute de un niño o niña que corre detrás de la pelota, sino también, y al mismo tiempo, se puede jugar la posibilidad de un gran negocio que, de una escala local, tiene proyección global. El fútbol no es positivo ni negativo, al igual que la identidad. El fútbol en tanto práctica corporal ha devenido en un marco cultural, político y económico, sea este de escala global o local. Ese marco nunca es neutro o inocente, y es como se disponen los elementos en el escenario lo que determina la preponderancia económica, política o cultural.

Esta base de distinciones nos permite entender que puede tener efecto novedoso pensar la comunidad al margen de la identidad. Pensar lo

[6] La ONFI es la Organización Nacional de Fútbol Infantil, con reconocimiento de la Secretaría Nacional de Deporte de Presidencia de la República. La AUF es la Asociación Uruguaya de Fútbol, que regula en forma privada las selecciones nacionales de fútbol y la liga de fútbol profesional. Entre ambas firmaron un convenio que asegura una pasaje de recursos de los clubes profesionales a los clubes de futbol infantil frente a un pase de un jugador que jugó en el club de futbol infantil, y que una vez fichado por un club profesional, es vendido a otro club. Acceso al convenio: https://onfi.org.uy/wp-content/uploads/2023/07/convenio-AUF-ONFI.pdf

comunitario como un lugar donde están puestos en juego todos estos elementos en el marco de cuerpos singulares que se relacionan en un espacio contingente permite evidenciar que no nos encontramos en un espacio seguro, armónico e ideal donde todos nos identificamos, sino en un lugar donde las relaciones de poder hacen su juego. Donde, lejos de pensarse por fuera de las lógicas globales, se puede perfectamente estar orientado y regulado por estas. Quitar el mando de seguridad que la comunidad barrial le parece dar al fútbol es poder analizar como un sistema neoliberal opera en las capilaridades de las microexperiencias. Con facilidad, podemos hacer evidente las dinámicas globales del fútbol respecto a la política y el mercado que consideramos al inicio del trabajo, pero lo más difícil es ver sus operaciones en el tejido mismo de aquello que creemos a salvo de dichas operaciones globales. Así, lo comunitario, revisado conceptualmente, no tiene que verse como un espacio seguro, sino como una noción que nos permita develar el funcionamiento global del fútbol en la experiencia cotidiana de lo local.

Conclusiones

Entendemos que los análisis presentados permitieron dar cuenta de que el fútbol es una práctica corporal que ofrece un campo privilegiado para el estudio de las relaciones entre comunidad, identidad, política y economía. Más allá de ser una práctica cultural, vimos que este deporte puede ser un dispositivo efectivo para articular proyectos políticos, estrategias de mercado y formas de relación ciudadana orientadas a los mismos, tanto a nivel local como global.

Es por esto que presentamos, como novedad, incorporar a estos análisis ya realizados por otros autores el debate filosófico contemporáneo sobre la comunidad y la identidad ofrecido por autores como Nancy y Esposito, entre otros. La comunidad que se funda en la identidad tiende a formas de cierre y exclusión por medio de mecanismos de pertenencia. Estas formas son claramente visibles cuando el fútbol es asociado a la promoción de la nación o la patria. En cambio, la idea de comunidad que se funda sobre la diferencia, la singularidad, y no la identidad, nos permite no solo

observar las derivas de las comunidades identitarias, sino las vías por las cuales se puede analizar el deporte para no reducirlo a prácticas asociadas que sean homogéneas o globalmente organizadas.

En cierta medida, esto lo intentamos demostrar con el análisis del PNID, especialmente el desarrollo del deporte comunitario, a modo de develar que, antes de ser un espacio de integración y ciudadanía, puede ser en forma simultánea un espacio que responde a las lógicas del rendimiento, la profesionalización y la expectativa de comercialización globales. Lógicas que hasta están reguladas por convenios y que articulan recursos económicos que derivan de un juego de fútbol en un barrio, con un futuro exitoso en el exterior.

Esto deja ver que la aparente oposición entre el fútbol comunitario y el fútbol de espectáculo puede ser reduccionista, ya que la complejidad que implica el fútbol, no asegura un ámbito entendido como comunitario que lo ponga a salvaguarda de las derivas comerciales y globales. Por eso, pensar lo comunitario no como ámbito de identidad sino como categoría crítica de la sociedad o una ontología permite develar estos funcionamientos y pensar posibles alternativas, las cuales difícilmente estarán exentas de esta dinámica, pero quizás puedan ser más atenuadas. Siempre, en todo caso, será una posibilidad de revisión de las políticas públicas, las formas de organización barriales y locales, para pensar la convivencia y la ciudadanía como formas de vida siempre conflictivas, abiertas a la singularidad de los cuerpos.

Referencias

ALABARCES, Pablo. **Héroes, machos y patriotas**: el fútbol entre la violencia y los medios. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2014.

ALSINA, Diego; CORREA, Alejandro. Fútbol y dictadura en Uruguay. La memoria deportiva en la construcción de narrativas nacionales. **Avatares de la comunicación y la cultura**, n. 28, 2024.

BAUMAN, Zigmunt. **Comunidad**: en busca de seguridad en un mundo hostil**.** España: Siglo XXI, 2006.

BENÍTEZ, Liber; AMGARTEN, Evelise. La formación de futbolistas entre el amateurismo, el profesionalismo y el sistema deportivo global: un estudio a partir del fútbol infantil en Uruguay. **Arquivos em Movimento**, v.17, n.1, 2021.

BROHM, Jean-Marie. **Sociología política del deporte.** México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1982.

ESPOSITO, Roberto. **Communitas**: origen y destino de la comunidad**.** Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

ESPOSITO, Roberto. **Bíos**: biopolítica y filosofia**.** Buenos Aires: Amorrortu, 2011.

FOUCAULT, Michel. S**eguridad, territorio, población:** Curso en el Collège de France: 1977-1978. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

FOUCAULT, Michel. **Nacimiento de la biopolítica**: curso en el College de France: 1978~1979. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

DE MARINIS, Pablo de. **16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es).** Papeles del CEIC, n. 5, 2005.

MORA Bruno. Deporte y dictadura: memorias del Mundialito de fútbol de 1980. **Alesde**, Curitiba, v. 11, n. 2, 2019.

NANCY, Jean-Luc. **La comunidad desobrada.** Madrid: Arena Libros, 2001.

NANCY, Jean-Luc. Conloquium. En: ESPOSITO, Roberto. **Communitas**: origen y destino de la comunidad**.** Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

NANCY, Jean-Luc. **La comunidad revocada.** Buenos Aires: Mardulce, 2016.

PASTORINO, Martina. Futbolistas, la patria o la tumba. **Cuadernos del Claeh**, n. 114, 2021.

PÊCHEUX, Michel. El discurso: ¿estructura o acontecimiento? **Décalages**. v. 1. 2013.

PLAN NACIONAL INTEGRADO DE DEPORTE (PNID), Dirección Nacional de Deporte (DINADE). Ministerio de Turismo y Deporte (MTD). 2012.

SCARLATO, Ines. Plazas vecinales de cultura física/plazas de deportes. “templos laicos” de la ciudad batllista de Montevideo (1911-1918). **Rev. Iberoam. Patrim. Histórico-Educativo,** Campinas (SP), v. 4, n. 1, 2018.

TÖNNIES, Ferdinand. **Comunidad y asociación**: el comunismo y el socialismo como formas de vida social. Madrid: Biblioteca Nueva / Minerva, (1887/2011).

ÚBEDA, Joan; MOLINA, Pere; VILLAMÓN, Miguel. El fútbol como instrumento sociopolítico: un arma de doble filo. **Revista de História do Esporte**, v. 7, n. 1, 2014.